

Cautivó pronto hasta á sus mismos émulos , tanto con su modestia sincera y su desprendimiento de la dignidad que le conferian á pesar suyo , como por el resplandor de sus altas virtudes , amenidad de su genio , y talento incomparable para el gobierno , en el que nunca supo ninguno emplear mejor aquel justo temperamento de suavidad y fortaleza que le hacia igualmente amable y respetable. Pasando Basilio al Episcopado aumentó todo lo bueno que habia hecho mientras su Sacerdocio. Estableció las observancias mas saludables y mas augustas en su Iglesia , la oracion comun y casi continua , la lectura frecuente de los Padres , la meditacion de las divinas Escrituras , y por fin el canto de los Salmos á dos coros , cuyo uso se extendió despues por toda la Iglesia. Sin embargo no es fácil decidir á quien debe atribuirse la invencion de esta salmodia.

76. Dice el historiador Sócrates, que habiendo oido San Ignacio á los ángeles cantar alternativamente las alabanzas divinas , instituyó este modo de cantar en su Iglesia de Antioquia. Teodoreto por el contrario asegura que dos Sacerdotes de Antioquia Flaviano y Teodoro fueron los primeros que en el año 350 hicieron cantar allí los Salmos de David á dos coros: pero parece que uno y otro se equivocan , y especialmente Teodoreto si quiere persuadir que en aquel tiempo tuvo principio esta piadosa observancia entre los fieles : pues leemos en la famosa carta de Plinio al Emperador Trajano , que en su tiempo los Cristianos de Bitinia solian reunirse en algunos dias antes

de ponerse el sol para cantar alternativamente las alabanzas de Dios ; lo que hace presumir que esta práctica inmemorial viene de los mismos Apóstoles , y que los demás Pastores solo fueron en esto imitadores ó restablecedores : y mucho mas cuando se ve entre los Terapeutas de Filon , que se cree haber sido los Cristianos mas perfectos de los tiempos apostólicos.

77. A la manera que todos los Padres y Prelados superiores , suscitados visiblemente por disposicion del cielo , así tambien Basilio no limitó sus miras sublimes á estas funciones particulares , ni á sola su Diócesis , sino que las extendió con feliz resultado á toda la Iglesia. Sensiblemente afligido desde su elevacion al Episcopado de la division que reinaba en Oriente aun entre algunos Prelados ortodoxos , creyó que debia interesar en ello á los Occidentales. Desde luego escribió á San Atanasio , porque sabia la gran nominación y fama que tenia entre ellos. „Estoy persuadido , le dice , á que el único medio de socorrer con provecho á nuestras Iglesias es el concurso de los Pastores de Occidente. ¿Qué no debemos esperar si quieren emplear con nosotros el celo que manifestaron entre sí en algunas de las ocasiones mas críticas? Las potestades respetarán la autoridad de un tan grande número de Obispos unidos , y los pueblos se sujetarán sin oponerse. Enviad pues á los Occidentales hombres adocrinados y elocuentes , para ponerles á la vista los males que nos oprimen : y coronad con esta escelente obra las innumerables peleas que habeis sostenido por la fe.” Le exhorta despues á procurar por

sí mismo la calma y la paz á la Iglesia de Antioquia, sin esperar los socorros de Occidente que no pueden ser sino tardíos. Le representa el cisma de esta ilustre Iglesia, de donde debia nacer la luz en todo el Oriente, como el mas funesto de todos los males.

Otra epístola escribió Basilio al gran Patriarca de Alejandría, en la cual vemos que uno de los historiadores famosos de Francia no penetró la energía, ni la propiedad de algunas espresiones del original griego, por el cual no parece haber sido hecha su traduccion. El santo Doctor dice (1): „nos ha parecido conveniente escribir al Obispo de Roma para empeñarle á conocer de lo que aquí pasa, y á dar su decision. No siendo fácil enviar prontamente desde la distancia donde habita diputados en comun y de acuerdo con un Concilio, debe obrar por su propia autoridad, y dar comision á algunos hombres, que por un temperamento sabio de suavidad y firmeza, sean propios para contener y corregir á los que entre nosotros no sigan el camino de la verdad: será preciso que traigan consigo todo cuanto se ha hecho para anular lo que por violencia se decidió en el Concilio de Rímni.” Es evidente por esta epístola que el santo Metropolitano de Capadocia no solo pedía simples enviados, sino comisarios y visitadores formales.

78. Si es de admirar que un Obispo colocado en una de las principales Sillas del Oriente rinda homenaje á la primacia del Sumo Pontífice en un punto

(1) *Basil. Epist. 52.*

de los mas delicados; tambien puede observarse que este respeto no le impedia ser de los primeros en juzgar de las materias de fe, y con una penetracion pasmosa sobre objetos poco ilustrados aun. En esta misma epístola descubre los errores de Marcelo de Ancira, que fueron como la semilla de la heregía de Nestorio, calificándolos desde entonces como dignos de anatema. „Hasta ahora, dice hablando de los Italianos, no cesan de anatematizar á Arrio: pero no vemos que se quejen de Marcelo, cuya impiedad da en el extremo opuesto al Arrianismo; pues combate la subsistencia misma del Hijo de Dios, afirmando que no existia antes de salir del Padre, y que no subsiste despues de haber vuelto á él, cuya prueba tenemos en los libros mismos de Marcelo.” Sin embargo los Occidentales nunca le censuraron: aunque debieran hacerlo para remover el escándalo de que fue causa su comunicacion con él. Acusan á Marcelo de Ancira de haber vuelto al vómito; por lo que podemos presumir que se trata aquí de otros nuevos escritos que habia compuesto despues de su justificacion en el Concilio de Sárdica, ó de algun otro paso que diese motivo para juzgar que este Obispo, sospechoso tanto tiempo antes, jamás habia procedido de buena fe.

No habia podido saber San Basilio con exactitud todas las circunstancias de un suceso ocurrido tan lejos de su provincia, y que á lo mas solo fue un temperamento prudente, como el que el santo Metropolitano de Capadocia creyó podia usar en aquel

mismo tiempo con los Macedonianos. Cercado de estos novadores, que no querían confesar espresamente que el Espíritu Santo es Dios, se contentó para comunicar con ellos con que profesasen la fe de Nicéa, y declarasen que no creían que el Espíritu Santo era criatura: lo que en el fondo era lo mismo que confesar su divinidad, la que no cesó de inculcar en las conversaciones particulares, enseñándola como convenia en sus discursos públicos. No obstante, los monges que tenían mas ardor que circunspeccion en su celo, le acusaron de que hacia traicion á la fe, y elogiaron mucho mas que á él á Gregorio Nacianzeno que la predicaba claramente en los mas numerosos auditorios: pero Gregorio justificando con una humildad generosa la prudencia de su amigo, les dijo: „yo soy un particular obscuro y sin representacion, y puedo hablar libremente: Basilio es ilustre por las cualidades eminentes de su persona, y por su dignidad: no proferirá palabra que no sea censurada, y muchas veces con exageracion. Hace bien en no luchar abiertamente con la tempestad á riesgo de hacerla mas violenta; mas no debe abandonar ni abandonar en efecto el navío. ¿No enseña la misma doctrina con otras palabras? La verdad reside mas en el sentido que en los términos.” Es de advertir que la Iglesia no habia consagrado términos particulares para espresar su fe sobre este artículo, y parecia contentarse con exigir una confesion equivalente, siempre que fuese clara y pública: pues de otra manera hubiera sido recaer en el extravío de los Semiarianos.

acerca de la palabra *consustancial*, y hubiera hecho una verdadera traicion á su fe, el que no la confesase en los términos prescritos por la Iglesia para esto.

79. Despues tuvo Basilio la desgracia de dejarse sorprender del Obispo hipócrita de Sebaste, aquel Eustacio Semiariano convertido en la apariencia, y que habia profesado la fe de Nicéa en Roma, y despues en el Concilio de Tiana. Acostumbrado largo tiempo al arte de fingir, ocultaba una ardiente ambicion bajo las apariencias de la virtud, y aun de la simplicidad y pobreza; sabiendo acomodarse perfectamente á las circunstancias, y no teniendo mas norma de fe, que la del interés ó del favor de las potestades: pero mejor le conocia Teodoro de Nicópolis su Metropolitano, que Basilio: lo que ocasionó al santo Doctor disgustos sensibles de parte de este Arzobispo muy instruido sin duda en el arte de conocer el corazon humano; pero que llevó las cosas á tal extremo, que impidió á Basilio asistir á un Concilio congregado en Nicópolis, y aun rehusó orar con él: cuya afrenta recibió el Santo con una moderacion y humildad, que en verdad no es propia de los que venden los intereses de la Iglesia. Mas reflexionando igualmente que no era este un género de humillacion, en que un Obispo, satisfecho con el testimonio de su conciencia, debia permanecer en el silencio é inaccion, creyó que estaba obligado á dissipar las sombras, que cayendo sobre la fe, podian producir escándalo. Habia ya hecho formar á Eustacio una confesion católica, y exigiendo ahora una

nueva prueba para afirmarse de la sinceridad y de la perseverancia, le convidó á un Concilio convocado para esto de los Obispos de Armenia y Capadocia, al cual Eustacio rehusó concurrir por excusas frívolas, que no dejaron duda á Basilio de que los que le avisaban con tanto calor, cuánta era la mala fe de este viejo hipócrita, le conocian mejor que él.

Quitóse Eustacio de todo punto la máscara, publicando contra el santo Doctor una larga declamacion llena de invectivas y calumnias. Llamábale *homousiasta* para injuriale: acusábale de que le habia engañado, haciéndole firmar una profesion de fe, que contenia la doctrina de la consubstancialidad: y sobre todo le reprendia de estar unido con el heresiarca Apolinar. Unas acusaciones tan infundadas las despreció Basilio; y en tres años no dió á luz escrito alguno para justificarse sobre este punto, contentándose con mostrar en algunas cartas particulares el horror con que miraba los errores de Apolinar. Parecieronle estos cargos mucho mas despreciables; porque la union que suponian en él con aquel herege, la fundaban solo en una carta escrita diez y siete años antes, cuando Basilio y Apolinar no eran Eclesiásticos: y no teniendo este mas recomendacion que la de un talento brillante, mantenia comunicacion con los mas grandes y mas santos varones de su tiempo. Por fin, abusando los enemigos de Basilio de su reserva, y atribuyendo su silencio á la debilidad de su causa, se valió él para confundirlos de la conducta verdaderamente escandalosa, y notoriamente impía que ellos

habian tenido, reuniéndose á los Arrianos y á Demóstenes, uno de los privados del Emperador Valente: mas antes convenció el santo Obispo á todo el universo de la pureza y solidéz de su fe con la confesion mas ilustre ante aquel Príncipe.

80. Siempre escitado Valente por sus Arrianos, seguia recorriendo las provincias, y esparcia por do quiera las influencias malignas del aire contagioso que respiraba en medio de tantos impíos. Pervertia á algunos cobardes Obispos y Sacerdotes, y condenaba á innumerables confesores generosos á la pérdida de su estado, al destierro, y á los tratamientos mas crueles. Despues de dejar señaladas sus huellas con sangre y sacrilegios por toda la dilatada estension del Asia menor, amenazaba á la Capadocia, de cuya Metrópoli habia sido electo Obispo, contra todas las tentativas que hizo la corte para impedir su eleccion, el gran Basilio, tan odioso como formidable á los sectarios. Envió el Emperador delante de sí á Modesto, Prefecto del Pretorio y su precursor ordinario en estas hazañas de impiedad, con comision de obligar al Arzobispo de Cesaréa á comunicar con los Arrianos, ó de arrojarle de la ciudad. Era naturalmente soberbio, implacable y cruel este Oficial; uno de aquellos grandes sin fe y sin principios, Arriano en tiempo de Constanzo, idólatra en el reinado de Juliano, y estimado de Valente, cuya ceguedad lisongeaba y facilitaba sus atentados sacrílegos con el singular favor que se adquirió por su malhadado talento (1). Él fue

(1) *Gregor. Nisen. in Eun.*

el que habia dado el bárbaro consejo de entregar á las llamas en la mar á los ochenta eclesiásticos diputados de Constantinopla. Mandó pues conducir á Basilio al pie de su tribunal que tuvo cuidado de cercar con todo artificio de sus lictores, pregoneros y ministros, y con todo el horrible aparato de la tiranía.

81. Apenas hubo comparecido el Santo, cuando el Prefecto llamándole con desprecio solo por su nombre, le dijo (1): „¿pensais, Basilio, resistir temerariamente al poder imperial? ¿Cuál es mi temeridad? contestó el Santo con un aire modesto pero lleno de nobleza. ¿Por qué, replicó el Prefecto, no sois de la religion del Emperador? Porque me lo veda un Soberano mayor que él, respondió el Obispo. Vuestras grandezas y vuestras preeminencias no lo son sino para el mundo; en materia de religion y de comunión, lo mismo os da tener la vuestra ó la de las gentes que os obedecen. La fe sola y no la condicion es la que distingue á los Cristianos. ¿Cómo, dijo Modesto levantándose impaciente de su silla, no temeis mi indignacion y mi poder? ¿Qué quereis decir con esto, dijo Basilio? Explicaos. No se trata menos, le replicó el Prefecto, que de la confiscacion de vuestros bienes, del destierro, de los tormentos, y por fin de la muerte. Buscad si podeis otras amenazas, dijo el santo Obispo, pues ninguna de esas puede intimidarme. La confiscacion decís; pero quien nada posee, nada tiene que perder, á no ser que penseis enriquecer el fisco con estos malos vestidos, ó con unos pocos li-

(1) *Gregor. Naz. pág. 349.*

bros que componen toda mi hacienda. El destierro no me le hareis sufrir por sacarme de esta ciudad donde no he nacido: pero do quiera encontraré mi patria; pues todo pertenece al Padre comun que tenemos en el cielo. Intimidame poco el rigor de los tormentos, porque no tengo sino un soplo de vida que el primer esfuerzo me quitará, y la muerte que de una vez acabará una carrera que me es tan penosa, será para mí el mayor de los beneficios.” Habló despues el Prefecto con ostentacion retórica sobre las ventajas de la vida, y el amor extremo que todos tienen á ella en todas las ocasiones, á pesar de las causas que haya para mirarla con disgusto. El santo Obispo añadió: „los que se hallan en la situacion que decís, son muy otros de Basilio: por lo que á mí toca, no se me puede hacer mayor favor que librar mi alma de esta masa pesada que agrava á cada momento mis penalidades.” El Prefecto sorprendido de un heroismo tan grande, de una sabiduría que guardó siempre un medio entre el orgullo y la baja-za, de una igualdad de alma inmutable en medio del peligro al terror y á los tristes presentimientos, exclamó, que nunca le habia hablado nadie de esta suerte. Basilio continuó: „segun eso nunca habeis hablado con ningun Obispo; porque un verdadero Ministro de Jesucristo hubiera respondido lo mismo á tales amenazas. En todo lo demás estamos obligados á mostrarnos los mas afables de los hombres. Evitamos el orgullo y la altivez con los humildes, y con mucha mas razon con los depositarios del poder soberano:

mas cuando se trata de la causa de Dios, ninguna impresion nos hacen ni los aceros desnudos, ni los hornos encendidos, ni los tigres furiosos, ni el aparato de los mas espantosos cadalsos." Viendo el Prefecto que eran inútiles los medios de rigor, acudió á otros enteramente diversos. „Pues bien, le dijo; ¿no tendreis á gran gloria ver al Emperador en medio de vuestro pueblo, y alistarse en el número de vuestras ovejas? Para esto basta el quitar del símbolo la palabra *consustancial*. El Pastor santo dijo: sin duda es una cosa grande el salvar una alma; y ¡qué gloria y consuelo seria para mí ver al Soberano dar el ejemplo al pueblo! Pero por mas digno de consideracion que esto sea, no permitiré que se altere ni una sola espresion del símbolo dictado por el Espíritu Santo á los verdaderos sucesores de los Apóstoles, á quienes prometió su asistencia hasta la consumacion de los tiempos."

82. El Prefecto aplacado despidió á San Basilio, y partiendo á buscar al Emperador le dijo: „somos vencidos, y lo confieso sin vergüenza. Este Obispo es superior á las amenazas, y nada le mueven los ofrecimientos." Valente quiso conocer por sí mismo la verdad, y el dia de la Epifanía concurrió á la Iglesia para hacer comunicar al santo Obispo en esta solemnidad con los Arrianos que seguian la corte: mas cuando oyó el canto magestuoso de los Salmos: cuando vió el orden admirable y la modestia de un inmenso pueblo, que parecia mas bien una congregacion de piadosos solitarios: cuando vió la pompa

de todo en todo celestial del culto y de las ceremonias, los Ministros sagrados que mas parecian ángeles que hombres, el Obispo parecido al Sacrificador eterno, á quien representaba inmóvil ante el altar, y tan recogido como si todo estuviese en calma: cuando el Príncipe vió, digo, este espectáculo digno del cielo, y esta escena capaz de conmovier el corazon y el alma mas insensible, quedó él mismo inmóvil y como sobrecogido de un terror religioso: mas recobrándose un poco y queriendo presentar su ofrenda, ningun Ministro acudió á recibirla, porque no sabian si el Obispo lo llevaria á bien. Valente agitado entonces de un repentino estremecimiento, y temblando sus rodillas, hubiera caido sin duda si uno de los Sacerdotes, que notó su desfallecimiento, no le hubiese sostenido. El sabio Pastor honrando la potestad suprema en un Príncipe, aunque herege, no le negó la comunión imperfecta, que consistia en ofrecer los dones ordinarios, y en orar con los fieles; pero no le admitió á la participacion de la Eucaristía.

Concibió el Emperador á pesar de todo esto un gran respeto á este digno Obispo, y quiso oírle hablar de la Religion. Túvose la conferencia dentro del velo que separaba el coro de la nave, y muy cerca del altar, donde se ponian los Emperadores segun la costumbre de las Iglesias Orientales. Dice San Gregorio Nacianceno, que se hallaba presente, que San Basilio habló como un ángel del cielo, y que el Príncipe parecia conmovido en estremo. Uno de sus mayordomos llamado Demóstenes, se mezcló en la con-

versacion, y cometi6 un solecismo queriendo hacer una objeccion al Obispo (1). Basilio le mir6 sonriéndose, y dijo: *¡un Dem6stenes ignorante!* El mayordomo llev6 á mal esta burla y principi6 á amenazarle, pero el Obispo sin conmoverse le dijo: „cuidad de hacer servir bien vuestra mesa, y limitaos á lo que es de vuestra inspeccion.” Así acab6 la conferencia con ventaja del santo Doctor, y sin indisponer al Emperador, que lejos de mostrarle el mas leve disgusto, le concedi6 tierras para fundar un hospital en Cesaréa.

83. Mas los Arrianos que nunca se apartaban del Príncipe, se apoderaron segunda vez de su espíritu, y le movieron á confinar á Basilio, si se obstinaba en no comunicar con ellos. Solicitaba lo mismo la Emperatriz Dominica del modo mas vivo: y la egecucion parecia tan segura, que ya estaba preparado el carruage, y el Santo cercado de sus amigos deshechos en lágrimas, y dispuesto á ponerse en camino. Fue entretanto el hijo de Valente y de Dominica, que todavía era niño, acometido de una fiebre violenta, que en pocas horas le redujo al último aliento. Era el mal tan grande que los médicos no veían remedio alguno, ni esperanzas de salud: á vista de lo cual no dud6 la Emperatriz ser este un castigo del cielo, y comunic6 sus temores al Emperador. Rogáronle al santo Obispo inmediatamente que acudiese á dar la salud al niño: y apenas puso los pies en el palacio cuando aloj6 la fiebre, y prometió una cu-

(1) *Theodor. lib. 4. hist. cap. 19.*

racion perfecta con tal que le dejasen instruir al jóven Príncipe en la fe cat6lica. Aceptaron la condicion, or6 el Obispo, y el niño san6 al momento (1): pero despues trayendo á la memoria Valente el juramento impío que hizo al tiempo de bautizarse en manos de Eudasio, de seguir con el corazon y el efecto la doctrina de los Arrianos, mand6 bautizar por estos hereges al desgraciado niño que recay6 en su enfermedad, y poco despues exhal6 el postrer aliento. Este ciego Príncipe lejos de adorar la mano que le heria, se abandon6 á los consejos de los impíos, y quiso desterrar segunda vez á Basilio. Dict6se en efecto el decreto: mas cuando el Emperador iba á firmarle experiment6 un temblor convulsivo, y se quebr6 la pluma en sus manos. Quiso firmar tres veces, y otras tantas le sucedió lo mismo. Cediendo entonces todas sus preocupaciones al miedo, y á un horror secreto que no pudo ocultar por mas tiempo, rompi6 el papel, revoc6 la órden, y dej6 para siempre al Santo en paz: de modo que en esta persecucion general de los Prelados ortodoxos del Oriente, por una proteccion visible del cielo para con los mas distinguidos defensores de la Iglesia, solo Basilio y Atanasio vivieron tranquilos y no fueron víctimas de los Arrianos. El Prefecto Modesto fue mas feliz que su Soberano: pues en una enfermedad que sufri6 poco despues de la tentativa de Cesaréa, pidi6 al Obispo que fuese á visitarle, y con una humildad religiosa le rog6 que orase por él. San6 efectivamente, y no

(1) *Ephr. in Basil. pág. 65.*